

ASOCIACION DE ENCUENTROS PSICOANALITICOS DE MEDELLIN

Noviembre 14 de 2020.

Texto de Nelson Cortes.

Productos de cartel. La Institución.

ALGUNAS ANOTACIONES SOBRE SABER Y LA VERDAD EN LA DOCENCIA

Los profesores, en general siguen siendo cartesiano; ahora agrego: y aristotélicos Cartesiano en el sentido de que “... el discurso de la con-ciencia (con guion) vuelve a empezar siempre sin cesar”; un discurso que es “... el discurso de la síntesis, (el) discurso de la conciencia que domina” (S. 17 / 73-74). Y aristotélicos en el sentido de “... que su ética está orientada a la educación, a la “... formación del carácter, (a la) dinámica de los buenos hábitos” (S. 7 /20); a que “...el hombre (mediando la virtud, la excelencia, la capacidad de realizar bien lo que hace, logre) la felicidad” (S. 7 /22).

Esta pregunta me la planteé después de terminar la maestría en psicoanálisis: ¿Es la docencia un proceso dialéctico similar a la experiencia psicoanalítica? Lacan nos dice que el psicoanálisis es una experiencia dialéctica (E. 206). La pregunta se plantea tanto en el sentido de subvertir las ilusiones imaginarias del yo, como en la manera de articular y de responder a la demanda (S. 7 /10), como, en lo relacionado con una ética que se sitúe “... más allá del mandamiento (), más allá de un sentimiento de obligación” (S. 7 /11).

Mencionemos algo sobre el criterio de verdad porque que es válido tanto para el discurso universitario como para el psicoanalítico: ambas disciplinas están en su búsqueda; una verdad que, se espera, se pueda construir dialécticamente. Tengamos en cuenta que “a partir de la decisión cartesiana de identificar lo verdadero con lo evidente se funda la ciencia” (R. G. /11).

Se puede entender aquí porqué “algunas ciencias experimentales, como dice Lacan, toman de las matemáticas su exactitud” (que es lo que Lacan denomina la) “medición en lo real” (E. 275). Sin embargo, Lacan nos dice que aunque “la verdad es similar a lo real (es debido precisamente a que) es imposible articular la verdad total, (que solo podríamos decir) que la verdad aspira a lo real” (Telev. /83).

Retomemos la docencia. ¿Debe primar en la función docente el enseñar (el emisor envía un mensaje al receptor) o el dialogar (el emisor espera una respuesta de receptor)? Recordemos lo que dice Lacan con respecto a los discursos: “... un discurso es lo que manifiesta querer dominar” (S. 17 /73) (todo discurso está

emparentado con el discurso del amo). Si la función del docente es enseñar, su discurso es impositivo, entonces, ¿dónde queda el proceso dialógico?

Desde hace ya varias décadas se impone en muchas universidades un modelo denominado “Universidad-empresa”, por medio del cual las instituciones educativas ‘le da forma a los estudiantes’ acorde con las exigencias del contratista. Recordemos la crítica que hace Lacan al modelo positivista de la ciencia moderna –en su relación particular con la verdad-- que alienta al docente a “olvidar su subjetividad” (E. 70?). Acorde con lo anterior al docente se le puede denominar, además de aristotélico y cartesiano, hegeliano, porque, en mi concepto representa “la dialéctica de la conciencia de sí (y del sentido) y así, precipitarse en el juicio científico de “todo lo que es real es racional” (E. /280-1).

Digamos algo sobre el concepto de representación, porque de ella no se ocupan solo la ciencia: también la docencia en su afán de explicar la realidad. El docente se parecería al diplomático que, como representante, representa a otro (al estado). Lo que el representante transmite (en este caso el docente) siempre estará más allá de su propia persona. En otras palabras, el docente “solo ha de tener en cuenta lo que el otro transmite en su función de mero significante y no lo que es como presencia” (S. 11 /228).

Situémonos un momento en el ‘cogito cartesiano’. Acorde con Lacan el pienso: luego soy puede leerse así: “que el pensamiento no funda el ser sino anudándose en la palabra donde toda operación toca a la esencia del lenguaje” (E. 843). (En la frase el ‘pienso’ es causa y el ‘soy’ es consecuencia). También nos dice que el ‘cogito ergo’ puede entenderse como que “nada se habla sino apoyándose en la causa”. En la religión la verdad funciona como causa (porque es revelada). “Digamos que el religioso le deja a Dios el cargo de la causa, pero que con ello corta su propio acceso a la verdad” (E. /851).

Cuando Descartes “inaugura el concepto de una certeza que cabría, como dice Lacan, en el ‘yo pienso’ de la cogitación (podría decirse) que su error es decir que algo sabe sobre la certeza (el campo de todos los saberes atribuibles solo a Dios) en vez de hacer del ‘yo pienso’ un simple punto de desvanecimiento” (de la certidumbre) (S. 11/232). Pero ocurre, dice Lacan, que hizo otra cosa: “El campo de esos saberes lo sitúa a nivel de un sujeto más vasto, el sujeto al que se supone saber, Dios” (S. 11/232). “Estoy seguro (dice) que apreciarán la elegancia de semejante solución que deja a cargo de Dios () las verdades eternas” (S. 11/233).

Lacan nos dice que “el modo de proceder de Freud es cartesiano, en la medida en que parte del fundamento del sujeto de la certeza. El descubrimiento de Freud es, entonces, “impensable” (), antes del nacimiento (con Descartes) de la ciencia

(); ella nace en “el nudo de la diferencia”, a partir de un sujeto entre dividido “entre el saber y la verdad” (E. 835,6)

Sin embargo, Freud sabe que, con respecto a los sueños, “...es manifiesto el abismo entre lo que uno vivió y el relato que hace de ello” (S. 11 /43). El apoyo para la duda freudiana, dice Lacan, está en que “... lo que se muestra lo hace solo tras un disfraz (es decir, si hay algo que mostrarse, también hay algo que preservarse); de aquí que para Freud “la duda es el apoyo de su certeza” (S. 11 /43). Freud está seguro, continúa Lacan, de que “... hay un pensamiento, que es inconsciente, lo cual quiere decir que se revela como ausente” (S. 11 /44).

El método cartesiano puede entenderse como un escepticismo metodológico: la búsqueda de un indubitable requiere someter a todas las representaciones a la duda. Sin embargo, Descartes no se propone como objetivo la refutación de los saberes inciertos (remedando la mayéutica socrática); su proceder es dudar, pero no de todas las opiniones sino, en el sentido del escéptico, es decir, de aquel que puede “sostener una posición subjetiva” (S. 11/231)..

Se trataría, entonces, en el caso de la docencia, de ‘construir con un otro’ (con minúscula) para que en él emerja el “sujeto cartesiano”; no el sujeto de la certeza, certeza que cabría toda ella en el ‘yo pienso’ de la cogitación— (S. 11/232), sino el sujeto de la duda’ (S.11/132). ¿“No es (el proceder cartesiano, pregunta Lacan) algo muy distinto de la perspectiva del saber?” y se responde: “(la manera de proceder de Descartes) no es la de un dialéctico ni la de un profesor y mucho menos de un hidalgo” (S.11/230).